

R 34.370

ORACION INAUGURAL

EN LA COLENS APERTURA

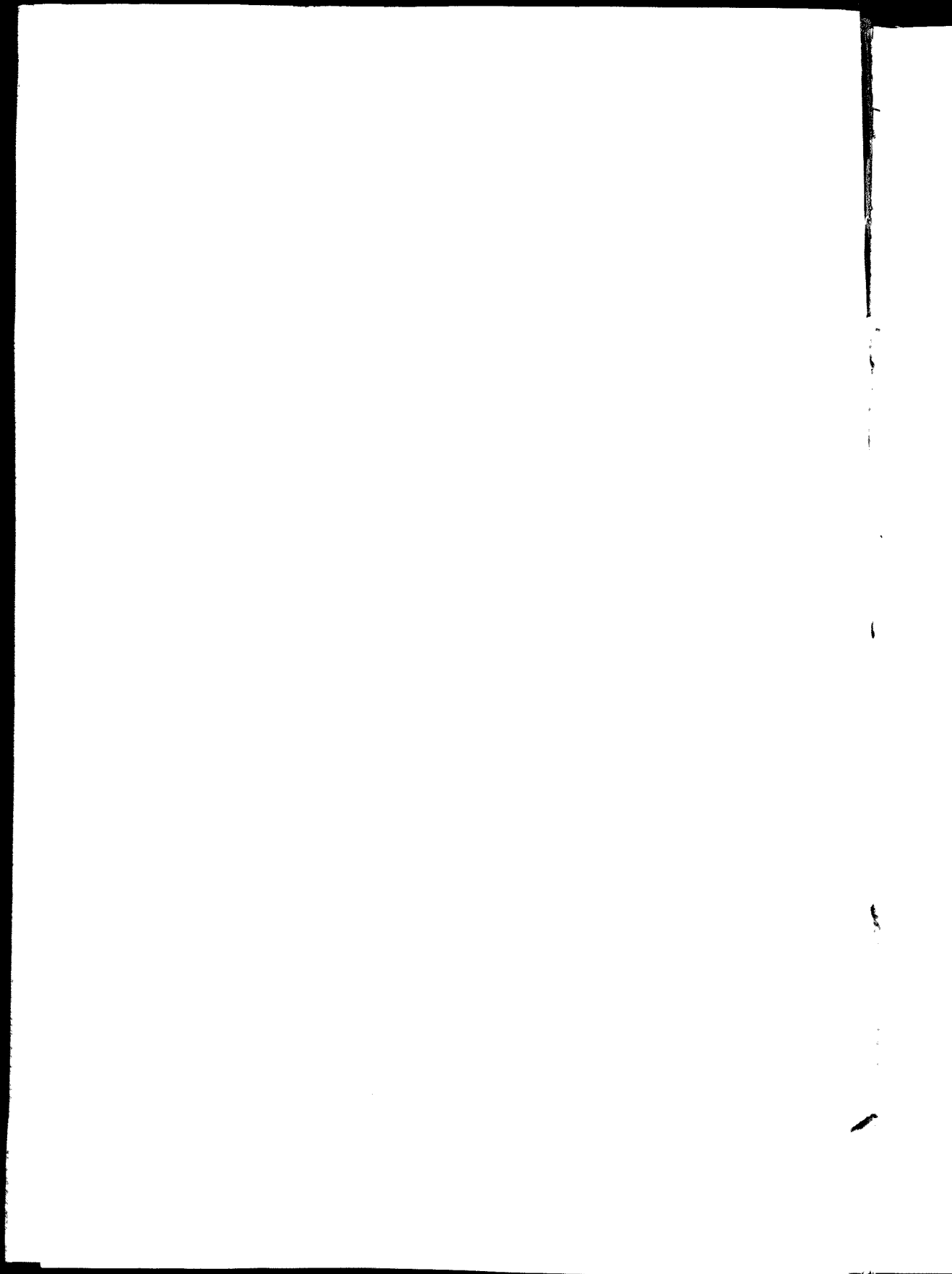
DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

POR

Decano de la Facultad de Medicina.

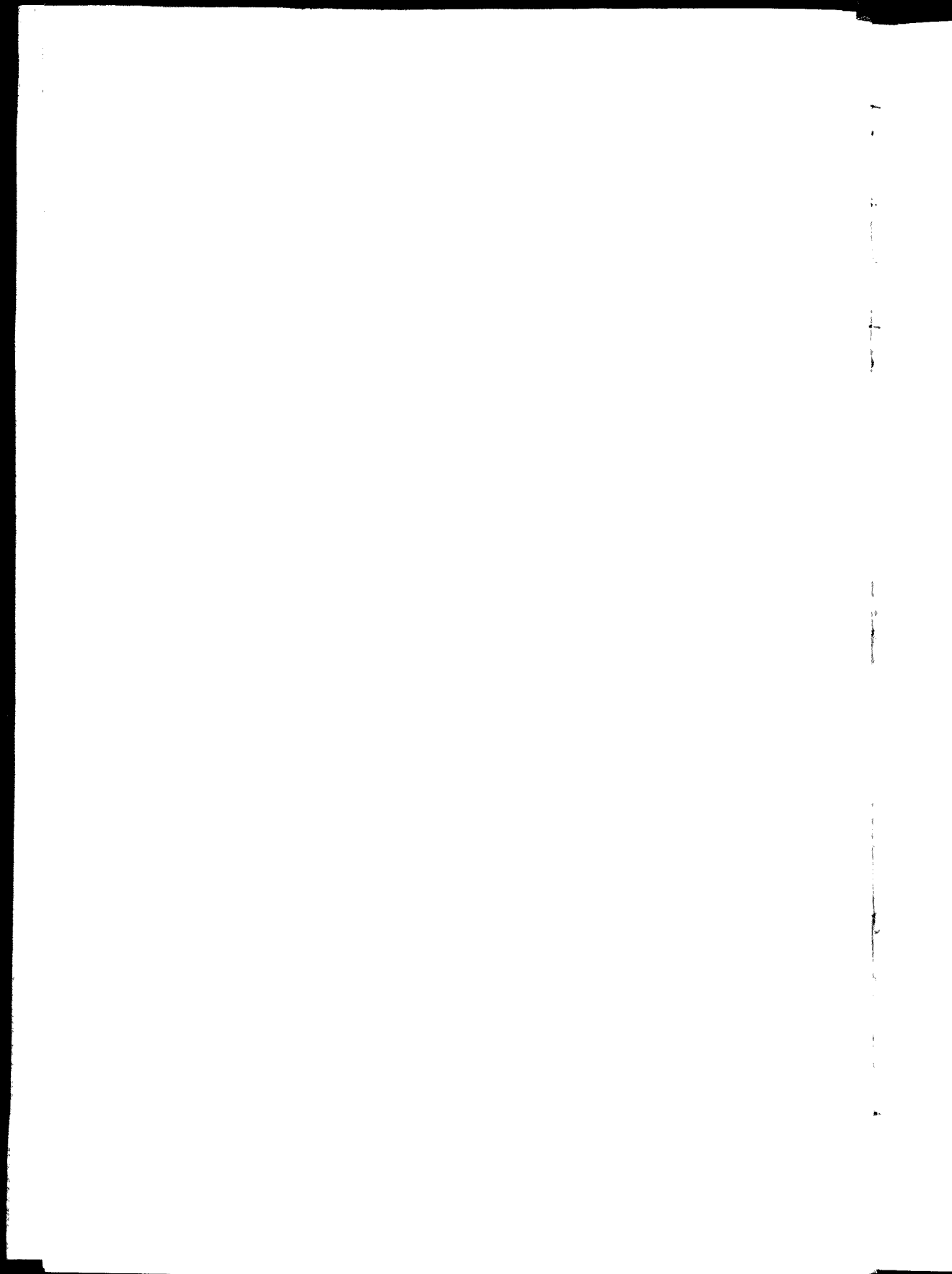


IMPRESO DE ORDEN DE LA UNIVERSIDAD.



Ilmo. Sr.

Presentarse en este respetable lugar para dirigir la palabra á una reunion de sabios; dirigírsela, Señores, con un motivo tan justamente grandioso como es la apertura de un curso literario, es muy árdua y muy difícil empresa. Los discursos inaugurales debieran reunir lo útil á lo agradable, lo perfecto á lo digno. Encargado ya de este difícil trabajo, pocos momentos me han sido necesarios para fijar el tema de mi discurso; pero muchos para decidirme á emprenderlo, porque comprendia la dificultad de desempeñarlo: al fin me determiné á bosquejar mi idea, contando con que siempre los hombres de saber son indulgentes y considerados, y especialmente no ignorando la premura del tiempo, y sobre todo mis circunstancias poco á propósito para emprender trabajos de esta clase. Cuento, pues, con que me escucheis benignos.



El pensamiento vive mas que el marmol, y su influencia sobrevive á las naciones. Si ocho ó diez hombres no hubiesen existido, no hubiesen pensado, en Atenas y en Roma, no tendríamos literatura clásica, ni educacion social, ni gobiernos libres: esto prueba no solamente el poder del pensamiento humano, sino tambien una voluntad providencial. La educacion nacional debe fundarse sobre el estudio de los grandes genios que ilustraron al mundo. (*L'Aimé Martin, Plan d'une Bibliothèque universelle*, pág. 454 y 46.)

I.

FUERA, Señores, muy fríste idea querer persuadirnos que el género humano ha recorrido la larga época de sesenta siglos infecundo, estéril, sin ventajas para el siglo actual; sesenta siglos perdidos, en que lo viéramos estacionado, pobre, y ajeno de las altas concepciones de los siglos XVIII y XIX. Ese filósofo que hoy se envaneciera de su saber individual, á sí solo debido, fuera un fenómeno tanto mas admirable, cuanto que el hombre desde su cuna originaria era robusto y fuerte: nació colosal, y como el magestuoso arbol criado en tierra virgen se desarrolló poderoso: así las producciones de nuevos continentes son admirables. Todo envejece, es cierto; con solo la diferencia de que un dia es para una planta débil lo que un año para un arbusto, y algunos años para el hombre; como un siglo para un elevado cedro, y una época de siglos para el globo. Empero el poder intelectual, el arbol santo de las

ciencias adquiere cada día mas vigor y crece mas frondoso, sin duda á espensas de los despojos mortales de las inteligencias. Sesenta siglos de vida siempre creciente, mucho debieron producir, á mucho pudieron alcanzar. El hombre ha sido desde su origen inteligente y moral, pero por desgracia ignoramos lo principal de esa época de su colosal existencia, cubierta con el velo impenetrable de los tiempos remotos: hallamos, no obstante, recuerdos gloriosos que nos revelan el poder un día del género humano: aún hablan esos monumentos de su antigua grandeza: y además de los testimonios de la tradicion, es filosóficamente probable, dice un filósofo, que los hombres primitivos que recibieron la vida en su manantial, poseyeran una energía y una actividad orgánica maravillosas (1). El Oriente es el país de los sepulcros, de las ruinas, de los geroglíficos, de los pueblos muertos con sus lenguas, con su historia, sus ciudades y sus dioses: país de prodigios, testigo de la creacion del hombre y de casi todas las naciones que hoy pueblan el globo (2). Empero no en tiempos oscurecidos por el velo del misterio buscaré yo las pruebas del saber de tiempos anteriores á nuestro siglo, porque si bien la grandeza de las obras y de las empresas demuestran eficazmente el poder del que las ejecutó, hay que reconocer las grandes dificultades de instruirse en la historia de aquellos tiempos. No obstante el celo de los sabios, los afortunados descubrimientos de la facil escritura y de la imprenta pudieron, Señores, trabar las épocas, eslabonar los años, suceder las ideas de una manera prodigiosa. La imprenta hizo desaparecer, literariamente hablando, la division de los tiempos científicos, como hizo desaparecer la palabra *muerte* de la historia de los gran-

(1) Salinis y Scorbiac. *Précis de L'Histoire de la Philosophie*, pág. 6.

(2) L'Aimé Martin, obr. cit. pág. 57.

des héroes y de los grandes hombres. La historia borra las edades y hace sobrevivir los siglos. Los hombres se suceden como los años y los libros como los hombres, pero dejan en pos suyo huellas profundas, memorias respetables. ¡Ay del que las desprecia! Las grandes verdades de la antigüedad fueron amenas en producciones de los siglos modernos: sin aquellos no hubieran existido éstas: respetémoslas. La mayor parte de nuestras ciencias pierden su origen en la historia de los antiguos pueblos, dice Reynal (1); mas digo, hasta los grandes errores de aquellos tiempos nos fueron útiles: el error del que inventa es un error disculpable y que ilustra: los errores de los que trabajan sobre materiales ya dispuestos tienen menos disculpa; el error que se puede evitar por los errores de otros es vicioso; el error que se entroniza cuando la verdad ya lució con todo su esplendor es altamente criminal.

Los grandes filósofos de remotos y mas modernos tiempos, los naturalistas, los legisladores, los médicos y los literatos nos han legado sus producciones; el fruto de su laboriosidad, el fruto afanoso y á veces amargo de sus vigiliás, privaciones y sacrificios; y sus nombres venerandos fueron capaces de inmortalizar sus épocas, de dar nombre á su siglo y á su patria. La gloria científica de las naciones modernas del siglo actual salió de los sepulcros de esos hombres que la historia aún respeta; dije mal: no de sus sepulcros, porque el hombre que acata la historia literaria no muere; la muerte solo se atreve á medianas reputaciones. La filosofía, la historia, la política, la poesía, todas nacen del puro manantial de la antigüedad (2). En estas grandes bibliotecas viven esos siglos científicos: ellas

(1) *Histoire philosophique et politique des Indes*, pág. 59.

(2) F. L. Schoen, *L'Homme et son perfectionnement*, pág. 544.

son el panteon ilustre y animado de sus héroes, ellas deben ser la morada mas frecuente de los que aspiran á entrar en el templo de la sabiduria; por esto decia perfectamente Saint-Pierre: «Yo no he tenido la vanidad de crear á mi gusto un mundo de capricho, he querido reunir con mucho trabajo las piezas del que habitamos, dispersas en los hombres de todos los siglos y de todas las naciones que lo han observado mejor (1).» Comenzar por saber lo que supieron los demás, es el primer paso del hombre científico. Permitidme, Señores, que cite con Lamennais (2) la respuesta de un filósofo de los de mas nombrada de la India, preguntándole cómo habia adquirido la grande inteligencia que se admiraba en él: «Yo he respetado, dijo, á los que han venido antes que yo, y no los he adorado.» Sí, Señores, pienso como el sabio indio, y lo intentaré probar en este discurso; porque en el siglo actual en que vuela rápida la imaginacion, es preciso dar mas solidez al cuerpo, pues que el hermoso plumaje que lo adorna no le permite la firmeza que necesita para resistir los fuertes temporales que tiene que correr; esta firmeza se adquiere, como decia el sabio Lochman (3), instruyéndose antes de razonar, razonando antes de escribir. Porque, no hay que equivocarse. el siglo de las capacidades no es el siglo de la superficialidad; el siglo de las luces no es el siglo de los fuegos fátuos; aquellos y éstos son como las ampollas de jabon que el aire deshace y que divierten al niño, pero que desprecia el hombre; son como la débil flor que el joven inocente se divierte ufano en deshacer por haber destruido, porque la especie humana parece que tiene un fatidico destino que es el de destruir

(1) *Etudes de la nature*, tom. 1, pág. 12.

(2) *Discussions critiques*, pág. 254.

(3) *Zimmermann. Trait. de l'Experic.*, tom. 1, pág. 559.

cuando no puede crear. No obstante, de la superficialidad juvenil, de esos fuegos de la imaginación de la primera edad nacen después las grandes ideas. Empieza el niño por dar á la memoria palabras que no entiende, y concluye el hombre por reconocer en una sola palabra un profundo pensamiento: una mancha en el horizonte forma luego una pequeña nube, que se agranda y da por fin un torrente de amenizadora agua: un pequeño relámpago trae en pos suyo una tronada que aterra. No juzgo, pues, desfavorablemente el desarrollo intelectual que asoma, quiero sí su madurez, su engrandecimiento: porque la imaginación en su punto culminante, dice Schoen (1), conduce á la invención, concibe prontamente las ideas, y sus relaciones hacen un todo perfecto; crea la poesía y las bellas artes, inspira á los poetas y á los artistas, y da vida á las naciones, dándolas entusiasmo. No creo en la ciencia infusa, creo sí que el entendimiento del hombre se enriquece desde la juventud y se forma en ella, y que la imaginación para volar segura necesita bases y conocimientos anteriores. Cierto es que la ciencia debe comenzar como el niño que es superficial, ligero, atronador: amigo del ruido, para que luego sea profundo, silencioso, concienzudo: la palabrería, las frases que retumban son el lenguaje que seduce pero no el estilo que convence. Comenzar, pues, por saber lo que los otros supieron, conocer la historia de las ciencias, es el primer paso literario: no despreciar los hombres ni las doctrinas porque no nacieron en el siglo XVIII ó XIX, y confesar cuanto á ellos se debe, es el rudimento de una sólida instrucción: allí debe buscarse, sin poder justificar la jactancia del omnimodo saber del siglo XIX. Voy á intentar probarlo. Comienzo por la filosofía.

(1) Obr. cit., pág. 81.

III.

La filosofía, Señores, que abraza todo el saber humano, porque no solo es la base sino la educación, la dirección del pensamiento: la filosofía, que observa al universo, se eleva al inmenso espacio, recorre los cielos, estudia todos los fenómenos que la creación ostenta, que admira al hombre, lo contempla y penetra en su interior: esa filosofía tan grande hoy, tan colosal, tan amena en resultados, tan ufana con su gloria, es la obra de muchos siglos. Hemos perdido, no obstante, mucho tiempo, porque solo sabemos algo de los grandes conocimientos de los pueblos mas antiguos. En ellos hallamos indicios muy claros de que eran ya entonces reconocidos los grandes y eternos principios. La idea de Dios, de la creación, de la eternidad, del alma y de lo infinito formaban, si no un cuerpo de doctrina, una colección á lo menos de grandes verdades que hoy respetamos. Si, Señores, las grandes verdades filosóficas fueron conocidas, no sabemos hasta qué punto de demostración, por los filósofos del Oriente en una época tan remota como el origen de estas naciones, que se oculta en la noche de los tiempos. La China, única que ostenta hoy su antigüedad y se disputa su originaria procedencia, conserva aún la respetable memoria de Confucio y las grandes máximas de este semi-dios. La filosofía de la Grecia, tan fecunda en ideas, en sistemas, y tambien en estravagancias, dió un paso mas apropiándose al nacer las grandes verdades conocidas ya, y que les legaron naciones que desaparecieron del orbe literario. ¿Cuál es el hombre, dice Degerando (1), dotado de alguna

(1) *Histoire comparée des systèmes de Philosophie*, pag. 45.

elevacion de espíritu, que no esperimente un justo respeto abriendo los anales en que se hallan consignadas tantas tradiciones antiguas, tan importantes descubrimientos y tan profundas controversias? ¿Y quién no seguirá con una justa curiosidad los trabajos por los cuales los mas ilustres genios de todos los paises y de todas las edades han ilustrado las doctrinas de la sabiduría? Efectivamente, Señores, bien comprendieran los antiguos la utilidad de las ciencias para aplicarlas especialmente á lo que era de importancia positiva; y en este conocimiento acaso nos escedieron. Ya decia en su tiempo Horacio, que los antiguos estudiaban con solidez, pues que toda su filosofía consistia en distinguir el bien público del particular, lo sagrado de lo profano, y en edificar ciudades y en hacer leyes (1). Preciso es, Señores, si hemos de citar de paso los nombres de los principales genios de la filosofía antigua, hacerlo en primera linea de esos hombres de una elevada razon, que se han immortalizado con la gloriosa insignia que han merecido, nombrándose los siete sabios de Grecia, Pittacus, Bias, Solon, Cleóbulo, Mison, Chilon (2), y á cuyo frente hallamos al verdadero protagonista de aquella escuela y de aquellos tiempos, á Thales de Mileto, á ese hombre eminente y respetable en su gloriosa tumba, que seis siglos antes de nuestra época estableció eternos principios de filosofía y anunció grandes verdades de moral. Sobre sus doctrinas se fundó luego la grande escuela de Pitágoras, y las de Sócrates, Platon y Aristóteles, que dominaron al mundo literario. Ni podia menos, Señores, de ser así. La escuela griega en su origen poseyó esos genios poderosos, de cuyas fuertes cabezas surgian las grandes verdades

(1) *Horat. in Art. poet.*

(2) Algunos en lugar de Mison citan á Periandro, y algunos mas. (*Diog. Laert.*, lib. 1, part. 45.)

filosóficas como surge el agua cristalina de un cauce abundante y profundo, y sobre cuyos elementos no habia mas que obrar ordenando, profundizando. *Dios es, segun Thales, lo mas antiguo de todo cuanto existe, porque es increado. El mundo es lo mas hermoso que se puede concebir, porque es obra de Dios. Este Dios es una cosa sin principio ni fin.* He aqui sus grandes verdades ortodoxas, y que sostienen la reputacion de este filósofo contra sus detractores. No, Thales, ese genio creador no podia ser ateo. El que vindica la gloria de los héroes es héroe tambien. Leclerc (1) hizo un bien á la memoria de este filósofo. Sentencioso en moral como en física, veía al mundo y á sus elementos con ojos perspicaces, y dejó conocida la recta senda que el filósofo debía seguir, porque nada mas hermoso, nada mas profundo que sus grandes verdades sociales, y á las que llamo así porque tienden á la felicidad de la sociedad. *Nada tan útil como la virtud, decia: padres, esperad de vuestros hijos el comportamiento que con vuestros padres y vuestras madres hubieseis tenido: es difícil conocerse á sí mismo.* En física dió la escuela de Mileto ó la jónica el gran paso de los elementos radicales y de los cuerpos compuestos, y sobre cuya materia se han multiplicado las opiniones y los sistemas. Dado este gran impulso, fácil era despues trabajar sobre una verdad conocida; y yo no sé, Señores, de dónde dista mas la opinion de los modernos sobre la composicion elemental y sobre los radicales simples. Entonces era el agua el elemento primordial, hoy tambien parece queremos reconocer un generador universal; hoy multiplicamos el catálogo de cuerpos elementales; hoy, Señores, no sé si nos entendemos sobre elementos, pero convenimos, sí.

(1) *Bibliotheq. choisie*, tom. 2, pag. 49.

en reconocer uno poderoso sobre todos los demás. Pero volvamos á la escuela griega. La tierra, segun ella, se hallaba en medio del mundo girando al rededor de su propio centro. Conocia al imán y al ámbar en sus maravillosas atracciones, y las simpatias entre las cosas de la misma naturaleza, lo que constituía la armonía del universo. Parece que Thales fue el primero que ha predicho los eclipses del sol y de la luna, admitiendo al sol como un cuerpo luminoso por su naturaleza, y á la luna como un cuerpo opaco que recibia la luz del sol segun su posicion respecto á él. Estableció la division anual en 365 dias: arregló el orden de las estaciones. ¿Pero á qué mas detenerme, señores, en probar la ciencia de la primera escuela de Grecia? El impulso estaba dado, y reconocido el gran principio de donde debia partir la filosofía de los siglos: ese principio, Señores, que se presenta aún triunfante en el siglo XIX; Dios, la materia, principio universal al que sucesivamente se ha dado tortura para concebir una sola de estas cosas independiente en sí misma, ó ambas en una sola, dando origen al ateismo, al panteismo y al espiritualismo mas abstracto. De aquí han salido las escuelas y las doctrinas sucesivas, y de aquí la doctrina de Platon y de Aristóteles, de la que tanto participan hoy las escuelas modernas.

Pitágoras, que en la misma época de Thales fundaba su escuela, trabajó sobre estos materiales; y esta grande reputacion, que en su tiempo se comparaba á la del oráculo de Delfos, aprendió de la escuela jónica. Su mónade era el Dios y la materia de Thales sin separacion, sin diferencia, confundiendo asi dos cosas tan justamente representadas por este filósofo. He aquí por qué el panteismo data, á mi modo de ver, de fecha muy anterior á Espinosa. Pitágoras se elevó mas que Thales, pero en estas sublimes concepciones se extravió: no

obstante, como dice Horacio (1), no era un mal filósofo en materia de física y de moral. Creía en la unidad de un Dios Supremo, que concebía de una naturaleza impasible, y que era invisible, incorruptible é inteligible solamente (2). Decía que la virtud, la santidad, la amistad, toda suerte de bienes, y Dios mismo, no eran mas que una armonía (3). A pesar de sus grandes errores, ha hecho progresar la filosofía de su tiempo inspirando el gusto á la geometria y á la astronomía, resolviendo problemas muy importantes aun hoy, aconsejando la frugalidad, si bien todo esto en medio de sus delirios, de su soñada bajada á los infiernos, y de su ridícula metempsicosis.

Platon, llamado primeramente Aristocles, floreció en Atenas cuatro siglos antes de nuestra era: este discípulo querido de Sócrates y de Euclides, y maestro de Aristóteles (4), mereció por la sublimidad de su doctrina el renombre de *divino*. Trabajó con un talento admirable sobre los elementos que las escuelas pitagórica y jónica habian dejado: y utilizándose de las sublimes lecciones de sus maestros, formó un cuerpo de doctrina filosófico y estable. Poeta, militar y filósofo, supo inmortalizar su memoria: su estilo, segun Aristóteles, guardaba un medio entre la elevacion de la poesia y la simplicidad de la prosa. Ciceron lo hallaba tan noble, que decía que si Júpiter quisiese hablar el lenguaje de los hombres se espresaria como Platon. Este hombre célebre es una de las pruebas mas evidentes del aserto que me propuse probar: *nadie por sí solo, ningún siglo por sus únicos adelantos florece*: las ciencias caminan sucesivamente con ligeros intervalos, prendiéndose en

(1) Lib. 1, od. 28.

(2) *Dict. de Mr. Bayle*.

(3) *Diog. Laert.* lib. 8, part. 55.

(4) *Dacier, Vie de Platon*.

esta gran cadena el eslabon siguiente al que le antecede: de aqui su firmeza. Platon, decia, compuso un sistema; pero para ello se utilizó de la ciencia de los siglos anteriores y de la de sus maestros. Las ideas de Heráclito sobre física, las de Pitágoras sobre metafísica, las de Euclides sobre matemáticas, las de Sócrates sobre moral, fueron su base. *Dios, la materia, la idea*, he aqui sus principios filosóficos. *Dios*, como una inteligencia universal; *la materia*, como el primer supuesto de la generacion y de la corrupcion; *la idea*, como una sustancia incorporeal y residente en el entendimiento de Dios (1). Un gran principio de filosofia, acaso aun mal comprendido ó mal desenvuelto, pero que yo admito con todas sus consecuencias, se revela en la doctrina de Platon. Considerando las sensaciones, las nociones y las ideas, nos anuncia una gran verdad: oigamos lo que dice un historiador filósofo (2): hay tres cosas en la inteligencia humana: las sensaciones, las nociones, las ideas. Las sensaciones corresponden á lo variable y á lo individual; las nociones corresponden á lo variable, abstraccion hecha del objeto individual de cada sensacion; las ideas corresponden á lo invariable y á lo universal. Permitidme, Señores, explicar á mi modo este pensamiento, hacerlo fácil é inteligible. La *sensacion* es el primer elemento de la inteligencia, no el único; la *nocion* es la sensacion percibida, reconocida, observada; la *idea* es la sensacion elemental que pasó á ser nocion, y que elevada á una categoría superior por la aplicacion de las facultades del alma, pasó á ser universal, abstracta. Lo primero, esto es, las sensaciones, son materiales

(1) *Plutarch, liv. des opin. des Philos.*, cap. 5.

(2) *MM. de Salinis et de Scorbiac, Précis de l'histoire de la Philosophie*, pág. 119.

en bruto (*animalidad*); las nociones son materiales elaborados (*percepciones*); las ideas son la obra maestra del artífice intelectual, del alma (*inteligencia*) (1). Admitimos, pues, que todo cuanto existe en el espíritu humano inferiormente á las ideas, no es iluminado sino por una claridad oscura: únicamente las ideas poseen esta luz, ó mas bien son esta luz misma (2). En fin, Señores, todo en la escuela de Platon es grande y de inmensas consecuencias; todo es digno de leerse y de contemplarse por el filósofo que quiera caminar sobre terreno conocido: Platon es un gran maestro de todos los sistemas y de todas las doctrinas; justificable es aun en sus errores, y yo no sé si en sus extravíos simbolizó algunas verdades que hoy admiten todos.

La escuela de Platon produjo muy luego un vástago fructífero, que utilizándose de los principios de su maestro, de la doctrina de Pitágoras y de los conocimientos de Sócrates y de Xenócrates, y dotado de un talento superior, con un vehemente amor á la verdad, debia producir opimos frutos: hablo, Señores, del maestro de Alejandro, del fundador del liceo, del creador de la secta peripatética que dominó los siglos posteriores; de Aristóteles. No tengo necesidad de recordar cuál era la doctrina de este filósofo, porque es bien conocida. Su filosofía práctica y teórica: sus tres principios, *privacion, materia y forma*, que tanto dieron que discutir: su *materia prima*, que contiene un gran pensamiento, porque en realidad las propiedades de los cuerpos no son la materia en sí misma, sino el modo que tiene de afectarnos, hizo célebre su escuela.

(1) *Ensayo de Antropología* por D. José Varela de Montes, §. 1244 y siguientes, tom. 4.

(2) Salinis, obr. cit. pag. 120.

Sus elementos reconocidos hasta la época de Lavoissier y Priestley, en cuya opinion supo reunir la doctrina de Thales, de Anaximenes, de Heráclito, y abrazó el pensamiento emitido por Empedocles, si bien añadiendo *un quinto elemento ó quinta esencia elemental* de los cuerpos celestes, y en lo que acaso anunció un gran descubrimiento moderno; su divisibilidad hasta lo infinito; su negacion del vacío; su principio tan conocido de *nilhil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu*, que tanta utilidad prestó á los epicuristas, á los escépticos y á la doctrina de la sensacion; su opinion sobre el antiguo continente, cubierto hoy por las aguas del mar, y tantas otras ideas que vertió en sus obras, hicieron estable su reputacion. No menos en filosofia moral que en lógica y física sobresalió su talento: no admite la felicidad humana fundada en los placeres, ni en los honores, ni en las riquezas, y la halla en la perfeccion intelectual y en la práctica de las virtudes; admite un primer Sér, una Providencia infinita; decia que la ciencia era un ornamento en la prosperidad y un refugio en la adversidad. Su doctrina sobre las *ideas*, sobre los *predicamentos* y *predicables*; su dialéctica; sus principios sobre el alma, que considera como la primera *entelechia* del cuerpo natural y organizado que tiene la vida en potencia, y sobre cuya definicion se han promovido grandes disputas, y que á mi modo de ver fue mejor comprendida por Barthez (1), constituyen, Señores, una época muy notable. La historia natural, la medicina y la política, le deben tambien, como luego veremos, conocimientos muy importantes, y hoy aún se cita su nombre como el apoyo de algunas doctrinas. Apenas existió escuela alguna que hubiese sostenido tanta reputacion, y esto es una

(1) *Nouveaux éléments de la science de l'hom.*, tom. 4, pág. 68.

prueba de su verdad y de sus firmes principios. Platon y Aristóteles todo lo dominaron. Los filósofos moralistas, tanto antiguos como modernos, pertenecen á Aristóteles ó á Platon: el uno que ve en los sentidos el origen de la riqueza intelectual: el otro que reconoce las ideas innatas, y admite la independencia de las sensaciones exteriores (1).

Tres siglos antes de la actual época apareció Epicuro para fundar una nueva escuela de grande nombradía: hombre eminentemente célebre por su inmenso saber, y al que se ha juzgado por la historia con demasiada acritud. Si Platon veía la sensación como su elemento intelectual, como el elemento de la idea, Epicuro la reconocía como el punto de partida de todas las acciones, y como el resorte del corazón humano. Nada más exacto, Señores. La filosofía, la moral y la misma religión autorizan este principio. El hombre huye por instinto del dolor: el hombre busca por instinto el placer. La felicidad humana se halla en el placer, la desgracia en el dolor: esto es bajo el aspecto físico: este es el placer y el dolor del corazón. El hombre busca también el placer moral en sus buenas acciones, en sus virtudes: aborrece el dolor moral en sus vicios, en sus extravíos; siente una satisfacción inefable en amar á Dios, en seguir sus preceptos; reconoce un dolor que le oprime en el desprecio de sus deberes para con Dios y para con sus semejantes: este es el placer del alma, que es más poderoso que el placer y el dolor del corazón. No hay más, pues, en el mundo para el hombre que el placer y el dolor, resortes poderosos, irresistibles del género humano. Así decía Epicuro contra sus detractores: *Cum voluptatem finem esse dicamus, non eam que in gustu et in gluvie est posita, ut quidam igno-*

(1) *Princip. de droit polit. par Kon-Torombert. pág. 16.*

rantes, aut male accipientes arbitrantur, sed non dolere corpore, animoque tranquillum, esse dicimus: virtutes jucundae vitae conjunctae sunt, jucundaque vita separari virtutibus nequit (1). He aquí cómo supo Epicuro distinguir los placeres y dolores del cuerpo de los placeres y dolores del alma. Nuestro pensamiento sobre su doctrina del placer nos parece más exacto que el de Locke (2). Un Padre de la Iglesia dice, hablando de Epicuro, que este célebre filósofo no entendía por placer sensual el de los sentidos, y que para probarlo contra sus enemigos vivió siempre muy casto y muy arreglado, confirmando su doctrina por sus costumbres. No admitía, es cierto, la inmortalidad del alma, porque no podía concebir cómo obraba sobre el cuerpo no siendo material. En sus ideas lógicas admite la sensación, y lo que llama *anticipaciones* no son, á mi modo de ver, otra cosa que las ideas de Platon. Su cosmología, su psicología y su política se apoyan sobre la moral práctica, pero desgraciadamente viciada, por haber absorbido en la idea del placer el principio de los deberes (3). Dió Epicuro un gran paso en la filosofía de su tiempo, y sus mismos errores sirvieron después y sirven aún hoy para ilustrar los sistemas filosóficos, y para separarnos del abismo inmensamente profundo que ciertas doctrinas que se le parecen pudieran abrir ante nosotros. Sus discípulos fueron, más bien que el maestro, los que han exagerado sus principios y deducido la errónea doctrina del *sensualismo*, que debe diferenciarse de una doctrina reinante, y que merece el nombre más digno de *sensacionalismo*: á ellos debe dirigirse aquella exclamación de

(1) Diog. Laert., lib. 40.

(2) *Essai sur l'entend. hum.*, lib. 2, cap. 21, pág. 205.

(3) Salmis, obr. cit.

Saint-Pierre (1). ¡Plaguiera á Dios que nuestros epicuristas no tuviesen mas que indiferencia por la mano que los colmó de bienes! Pero del seno de sus voluptuosidades salen hoy los murmullos contra la Providencia; de sus bibliotecas, tan llenas de conocimientos, se elevan las nubes que han oscurecido las esperanzas y las virtudes de Europa.

Pero téngase presente, Señores, que yo no justifico á los filósofos en sus errores; veo solo la marcha ascendente de la filosofía, adquiriendo á cada paso mayor copia de datos. Creo sí que si esos genios creadores hubiesen vivido en esta época, acaso no los hubiesen padecido. Y hago esta protesta al concluir de hablar de Epicuro, y antes de hablar de Pirron.

Pirron, trescientos años antes de nuestra era, llegó á un punto tan extremo, que es preciso huir de él. Las profundas investigaciones filosóficas, y el vehemente deseo de hallar la razon de los principios mas inconcusos, cosa por cierto muy difícil, lo llevó á la duda: á fuerza de elevarse sobre el universo, el universo desapareció ante él; la evidencia matemática de la existencia no pudo hallarse por Pirron, y Pirron dudó de todo y fundó su escepticismo. El vicio de este sistema no consiste, como dice un filósofo (2), en sostener que es imposible demostrar radicalmente que el hombre no puede conocer ciertamente la verdad, sino en exigir esta demostración: el primer objeto sigue á la razon: el segundo abjura la naturaleza humana, que cree en la certidumbre de una ley vital, indestructible, que ninguna objecion puede alterar. Pero nuestro filósofo ha querido sujetar á la razon profundizando filosóficamente todas las verdades demostrables, y en esto ha

(1) *Etudes de la nature*, tom. 4, pág. 172.

(2) Saluis y Scorbiae, pág. 165.

hecho un bien á la filosofía. Aristipo, decia Pirron, se ha formado una cierta idea del placer, Antístenes otra, y Epicuro una diferente de los dos: los unos creen en la Providencia, los otros la niegan, los persas se casan con sus hijas, y esto es un crimen entre los griegos; los massagetas tienen las mujeres por comunes, y en otras naciones es abominable esta costumbre: he aquí por qué dudaba Pirron, y por qué negaba la certidumbre humana; justifiquémosle. Esta doctrina era conocida antes de él, y no fue tampoco despreciada en los siglos modernos, pues que en tiempos no muy lejanos Bayle, entre otros, quiso renovar sus principios. Pero, Señores, la duda permanente es el mas triste estado del entendimiento humano: la duda filosófica es irresistible; es un estado violento y contranatural. Los pirrónicos se proponen por medio de su suspension de *consentimiento* dar al espíritu un estado de tranquilidad que garantice la turbacion que causa esta opinion: mas esto no se consigue. Los escépticos antiguos y modernos conducen la filosofía, las opiniones, la moral y las creencias á un estado muy lamentable, pues aun cuando es muy loable la idea de sujetar la razon al conocimiento y á la investigacion de la verdad, la dificultad está en contenerse en sus justos límites. En fin, el pirronismo, propiamente dicho, no es mas que un estado de letargo, de estupor, y de nada: el escepticismo de buena fe tiene siempre, como dice Leroux (1), una pasion, una tendencia bajo el hielo aparente del escéptico.

Zenon, opuesto á la doctrina de Epicuro y dotado de una fuerza intelectual profunda, trajo la filosofía á un terreno menos resbaladizo que Epicuro y que Pirron. Utilizándose de

(1) *Refut. de l'eclect.*, pág. 20.

los errores y de las verdades de éstos, se elevó mas de la esfera material. Su secta, llamada estóica, admitía un principio activo que era *Dios*, y un principio pasivo que era la *materia*. Reconocía un destino inevitable, al cual sometía los dioses mismos sin exceptuar la divinidad suprema (1). No ha habido filósofos que hablasen mas bien de la libertad del hombre que los estóicos: no obstante, su *naturaleza* lo era todo, moral y religiosamente considerado. Decían que sobre todas las cosas era necesario honrar y servir á Dios, invocarle siempre, pensar siempre con él, y obedecerle absolutamente y sin reserva. La virtud es el soberano bien, y nada hay mejor que la honradez. La escuela estóica en su origen contaba no obstante muchos errores, si bien en materias de moral fue la mas sobresaliente: pero modificada despues bajo Parménides, Epicteto y Séneca, formó un cuerpo de doctrina bastante sólido que se extendió hasta Roma, y conservó una influencia muy conocida.

La naturaleza, Señores, parece que habia quedado cansada de producir hombres eminentes. Observad que los ingenios parece como que se agolpan en las épocas: en otras hay una esterilidad sorprendente: un genio trae los otros: la emulacion, el ejemplo, los produce. La Grecia envejecia, y sus glorias se eclipsaban. Grecia en fin desaparece, y arrastra consigo la filosofía y los héroes, que yacen no obstante en la historia para aparecer de nuevo con mayor brillo y con mayor fruto. Roma es ya la señora del mundo, y ve florecer nombres históricos en su seno. Renovadas las doctrinas de los filósofos griegos, difícil era abrir una nueva senda: tan fuerte habia sido el espíritu filosófico de Atenas. Era preciso resta-

(1) *Dict. de Mr. Bayle.*

blecer los sistemas antiguos ó formar uno nuevo. Pero ¿bajo qué bases? Apenas se podia hallar un nuevo camino; y he aqui el origen del eclecticismo, fundado en un siglo célebre bajo el imperio de Augusto por un filósofo de Alejandria llamado Potamon. Este filósofo eligió de todos los dogmas de filosofía aquellos que le parecian mas razonables para formar un sistema de su uso particular, segun Olearius (1). Ciceron, Plutarco, Séneca, Marco Antonio, Epitecto y otros célebres filósofos pertenecieron á esta secta, inclinándose mas ó menos á los principios de Platon, de Aristóteles, de Zenon y aun de Epicuro bajo ciertos aspectos. Pero tambien á esta secta pertenecieron hombres que han admitido los principios de Pirron, que los hicieron incrédulos; citaremos entre ellos á Porfirio, discipulo de Plotin. Entonces tambien se vieron lucir ciertos hombres que llenan las páginas de la historia por su gran saber y por su inmensa influencia en las luces de su siglo: Origenes, Lactancio, S. Agustín y otros, fueron capaces de enfrenar los estravios de los filósofos de su tiempo. «Lo que yo llamo filosofía, decia Clemente de Alejandria, no es la de los estóicos, ni la de Platon, ni de Epicuro ó Aristóteles, sino lo escogido de lo que cada una de estas sectas tiene de verdadero, de conveniente á las costumbres, y de conforme con la religion (2):» este es el eclecticismo con doctrinas y con principios reconocidos. He aqui todos los sistemas que con ligeras modificaciones dominaron al mundo filosófico.

Nada mas racional que el eclecticismo bajo la base de ciertos principios: en este sentido todos son hoy día eclécti-

(1) *De Philosophia eclectica.*

(2) *Investig. filosof.* por Mr. Bonald, tom. 1, pág. 15.

cos; los unos ecléticos con Platon, los otros con Aristóteles: unos con Epicuro, otros con Zenon, con Pirron ó con Kant: de otro modo el eclecticismo es un error. La escuela eclética que rompa nuestros vínculos con los siglos no es admisible. La doctrina eclética que despreciando la tradicion, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, todo cuanto pueda sujetar al entendimiento, se atreve á pensar por sí misma (1), no admitiendo nada que no esté apoyado en su esperiencia y en su razon, es absurda. Querer pasar sin teorías, dice Torombert (2), es querer marchar á ciegas; es entregarse á las circunstancias: es despreciar la razon del por qué se obra: es ignorar la razon de las cosas. Hoy, Señores, mas que nunca, debemos reconocer la necesidad de nutrirnos en los grandes principios filosóficos, que fueron la base de la verdadera filosofia moderna, porque todo pensador tiene un sistema, como dice Roux (3). El eclecticismo, en fin, de cuya escuela dice un filósofo moderno que es la de todos los buenos talentos desde el principio del mundo, es la reunion de todas las opiniones mas verosímiles bajo principios sólidos y estables. En este sentido somos ecléticos, pero no con algunos filósofos del siglo IV y del siglo XVIII. ni ecléticos con Porfirio, ni ecléticos con Diderot. El racionalismo, el panteismo, el kantismo, el sensacionalismo, no son mas que la escuela eclética antigua ó moderna con diversas modificaciones. He aquí el punto á que ha llegado la filosofia, y una prueba evidente de que los sistemas todos que se han sucedido fueron caminando en progreso á costa de la es-

(1) Diderot, *Encicloped.* art. *Ecléct.*, pág. 268.

(2) *Obr. cit.* pág. 54.

(3) *Refut. de l'ecléct. par Pier. Roux.* pág. 15.

perencia de los siglos. Gloria, Señores, á los grandes filósofos que en medio de mil afanes y de mil sacrificios abrieron el templo santo de la naturaleza, al pie de cuyo altar escribieron las primeras páginas de su historia para que la conociésemos, conociésemos á los hombres y conociésemos á Dios. Respetemos su saber: disculpemos sus errores.

Me detuve, Señores, demasiado en esta parte de mi discurso; sedme indulgentes: pero es tal la influencia de la filosofía en las sociedades bajo el aspecto político, moral y religioso, que de todos los ramos del saber humano es el que arrastra en pos suyo á la sociedad entera. Por otra parte, la filosofía es la mejor prueba del desarrollo progresivo de la inteligencia á espensas de conocimientos anteriores: he aquí mi justificación.

III.

Las ciencias todas tienen su parte experimental; tienen esa prueba evidente de su bondad; y fuera muy notable no admirla en la filosofía. Si entendemos bien el sentido genuino de esta palabra, reconoceremos que su campo práctico, su campo florido son las ciencias prácticas, y que su estandarte magestuoso se eleva en medio de las escuelas morales, de la ciencia política y de las ciencias naturales: allí sus conquistas; allí su triunfo. ¡A cuántas reflexiones da lugar esta idea! ¡Qué inmenso horizonte, Señores, se presenta para sujetar el orgullo jactancioso de unos y ensalzar la modestia de otros! A la experiencia, á los hechos y á los resultados de los sistemas nos debemos atener. La mejor filosofía traerá la mejor moral, la mejor política y la mejor legislación; y el siglo antiguo ó moderno que haya producido mas hombres virtuosos, mas hom-

bres políticos, mejores y fructíferas leyes, ese será el siglo filosófico. La felicidad social positiva, la tranquilidad, la prosperidad de los pueblos, esa es la experiencia que buscamos, y la piedra de toque de la ilustración. Veamos cuál fue la suerte de las ciencias morales en la antigüedad, pero muy de paso y solo cuanto baste á manifestar que en la antigüedad hallamos grandes principios que aprender, estensa experiencia que aprovechar.

Sócrates, que existió cuatro siglos antes de nuestra era: este hombre llamado el *virtuoso* por sus rígidos principios de moral y su grande saber, parece haber sido el fundador de esta aplicación filosófica entre los griegos. Ciceron (1) dice que fue el primero que aplicó la filosofía á los deberes del hombre en la vida social. Sus preceptos son dignos de llamar la atención de todo hombre pensador. «A los dioses, decía, no debe »pedírseles mas que lo que ellos mismos vean mas bueno y útil.» El respeto á la Divinidad y su tendencia á la piedad eran muy notables. Sus lecciones fueron prácticas, y por eso penetraban mejor. Aconsejaba á sus discípulos que cumpliesen lo mejor que les fuese posible con todos los deberes de un buen ciudadano, tanto en la paz como en la guerra. Era austero consigo mismo: dulce, complaciente é indulgente con los otros. Hé aquí un gran paso dado hácia la verdadera moral. Respeto á Dios (veneración); conformidad con su voluntad (resignación); respeto á la ley del estado (obediencia); consideración con sus semejantes y enseñanza práctica de la virtud (filantropía, caridad): hé aquí sus virtudes. Sus discípulos, y entre ellos Platon y Esquino, fueron los que nos dieron á conocer la moral de Sócrates. Los siete sabios de Grecia establecieron también

(1) Cicer. *Quest. tusc.* lib. 3.^o

sus principios morales: era, Señores, la moral del entendimiento, la del corazón y la de la sociedad, y por esto es que la religión cristiana, que en nada se opone á lo intelectual ni á lo verdaderamente natural, y al contrario fortalece su origen y lo reconoce, tiene la misma moral que habla al entendimiento, al corazón y á la sociedad, y esa fuerza irresistible con que impera la verdad: por eso es nuestra moral religiosa, humana, dulce, consoladora, divina. Cuando se estudia la moral en los autores cristianos y en los santos Padres, habla el cielo; cuando se estudia en los filósofos, habla el entendimiento; pero hay una inmensa diferencia: los preceptos de éstos pueden ser erróneos, variables, porque pueden ser hijos de una errónea experiencia; los que nacen de lo alto son evidentes, eternos. Las pruebas de este aserto están al alcance de todos: la razón de estado, la conveniencia social ó individual hacen que sea crimen aquí lo que allí es virtud; pero el uno y la otra tienen siempre el mismo valor en la verdadera religión.

La moral de las sociedades nacientes y de los primeros pueblos era la moral del instinto de conservación; la moral del corazón es la moral de la sociedad; la moral de la filosofía es la moral del entendimiento; la moral cristiana es la moral fundada en la ley divina, y que no se opone á todo cuanto interesa á la verdadera conservación individual, á la buena sociedad y á la verdadera filosofía. La moral cristiana ha ordenado ó prohibido, aconsejado ó permitido lo que convenia á los tiempos, á las costumbres y al grado de civilización de los pueblos (1): esta es una prueba de su bondad. Hé aquí por qué estos principios morales fueron comunes á las naciones cuya historia se oculta en la noche de los tiempos, y se conservaron

(1) Bergier, *Enciclop. méthod. theol.*, art. *Moral*.

sucesivamente: hé aquí también por qué ciertas verdades morales que habían conocido los caldeos, los persas, los egipcios y los chinos se quisieron ver como el origen de la moral cristiana (1). Así se confunde la verdad: así se tergiversan los principios.

De los principios morales de Confucio, Solon, Pitágoras, Sócrates, Platon, Séneca, Teofrasto, Orígenes y otros no pueden menos de deducirse las bases de la moral social, de la moral del corazón y de la moral del entendimiento, y apenas se puede pasar del punto á que han llegado. Buscaban la verdad con pura intención, la buscaban en el hombre y en sí mismos, y hé aquí el origen de aquel principio tan respetado: *nosce te ipsum*; no podía pues beberse en mejores fuentes. Si deseamos saber lo que es la moral de la verdadera filosofía comparada con la moral del cielo, oigamos á Degerando (2). «En sana lógica, dice, las verdades morales son otras tantas premisas de las verdades religiosas, y premisas rigurosamente necesarias: todos los sentimientos morales invocan los sentimientos religiosos para acabar de purificarse y de satisfacerse. En este doble concepto la moral es por consiguiente una verdadera iniciación religiosa.» Hé aquí, Señores, cuál era el estado de esa moral que aún no recibiera la sanción del cielo, pero que emanaba del corazón y del alma que él había criado. Sócrates, dice Bonald (3), hizo descender la moral del cielo á la tierra: y sin duda la habría arraigado en ella si el ingenio de un hombre, sea el que fuere, pudiese ser una autoridad para el hombre y una garantía para la sociedad. La escuela de Aristóteles

(1) Volney, *Ruin. de Palm.*; Dupuy, *Orig. des cult.*

(2) *De la perfec. moral*, cap. 6, pág. 72.

(3) *Investig. filosof.*, tom. 1, pág. 7.

y la de los estóicos han trabajado mucho bajo este aspecto, si bien en medio de grandes errores, porque no basta la moralidad que al hombre pueden imponer las leyes. ¡Desgraciado el pueblo, dice el moralista que acabo de citar, que destrona la recta razón para que en su lugar reine el ingenio! Esta idea de moralizar legislando, como lo quisieron algunos filósofos, no puede estar fundada ni en la experiencia ni en el conocimiento del hombre, porque, como decía Cicerón, no bastan las leyes para conducir al hombre á las buenas acciones y desviarlo de las malas: la moral para ser poderosa, eficaz, debe tener otro origen. La moral filosófica debe estudiarse no solo en los filósofos sino en el centro mismo de la sociedad, porque es el pacto entre esta y la inteligencia; la moral cristiana es el pacto entre Dios, los hombres y la sociedad: la elección no es dudosa. Empero por una fatalidad inconcebible se desconocen ciertos principios que nos conducen á la desgracia social; las buenas acciones y los pensamientos generosos huyen de la sociedad en que no se admiten los fundamentos de la verdadera moral; un oropel las seduce. Te engañas, decía Teofrasto á Fenelon (1), si con esta carroza brillante, esta gran servidumbre que te sigue y estos seis brutos que te conducen, piensas que adquieres mas estimación: si se aparta todo este boato, no eres mas que un miserable. Este mismo pensamiento, expresado con calor y vehemencia, lo hallamos en Helvecio (2). Cuando el hombre, dice, aparece en público cubierto de lujosos bordados y conducido por una brillante carroza, no experimenta un verdadero placer, y á lo mas le afecta un placer de vanidad: el hombre rico sin aumentar su felicidad ofende, por la

(1) *Les caract. de Theoph. et de la Bruyere*, tom. 1, pág. 157.

(2) *De l'esprit*, tom. 10, pág. 269.

ostentacion de su lujo, á la humanidad y á la desgracia. El brillo aparente que se coloca en lugar de la virtud halaga, seduce, pero destruye. ¡Ay del pueblo, dice Dumesnil (1), en el que las ideas de gloria se limitan al triunfo del vil interés, y que no halla otra sabiduría que la de pasar en la molicie sus días sobre la tierra! Señores. Roma dejó de existir un día con su gloria, no porque le faltasen soldados ni riquezas, sino porque le faltaron virtudes: lo mismo sucediera con Atenas. La moral de estos pueblos era la de todos los hombres: ella hizo florecer ambos imperios: la de hoy no es sino aquella misma elevada á un rango superior, porque, es preciso confesarlo, en los tiempos actuales no la hemos perfeccionado: hable la historia moderna, y ella justificará en esta parte el pensamiento de mi discurso.

IV.

Las ciencias políticas siguieron siempre la suerte de las ciencias filosóficas y morales. Ni podía ser de otra manera, porque la política de las naciones y de la que emanan las leyes constituyendo su legislacion, es como el fiel de una balanza, que se inclina mas ó menos segun la mueve el peso que en los extremos de su palanca se halla: de un lado la filosofía, del otro la moral: su equilibrio es la perfeccion: siempre una recta filosofía se une á la verdadera moral: de aquí las buenas leyes. Esta verdad se comprueba por la esperiencia, y ella nos dice que solo los filósofos y los moralistas pudieron dar aplomo á las leyes y á los gobiernos. Por esto es de una inmensa importancia conocer bajo este aspecto las naciones de los siglos

(1) *Le Siècle maudit*, pág. 41.

pasados. En ellos estudiamos los profundos principios de legislación, y el origen y la razón de las leyes. Pero, Señores, acaso mereciera justamente vuestra crítica si me atreviese á tocar puntos de tan alta importancia, porque á mi solo me conviene probar la utilidad del estudio en épocas mas ó menos lejanas de nosotros. Bastaría, Señores, para ello citar á Zoroastro, que dió leyes á los antiguos persas; á Licurgo, que ocho siglos antes de nuestra era legislaba en la Lacedemonia; y á Solon, que cuatro siglos despues se hizo inmortal en Atenas por sus leyes sábias y justas. Bastaría aún recordar esos libros que aun hoy son modelos de legislación. Los siglos de Augusto, de Justiniano y de Alfonso el Sabio son un ejemplo que todos quieren imitar. Leibnitz, queriendo llevar aun mas allá nuestra idea, no dudó afirmar que en materia de moral y de política llevaban ventaja los antiguos á los de nuestra Europa. ¿No se leen aun hoy con entusiasmo las máximas políticas de Focion, célebre ateniense, que á semejanza de Sócrates fue víctima de sus civicos principios? ¿No hallamos en sus máximas (1), que tenían por objeto levantar á Atenas del estado ominoso á que la habia llevado la ambiciosa guerra del Peloponeso, los principios de la mas sólida política y de las bien meditadas leyes? Platon (2) reconoce la necesidad de las leyes para el mantenimiento del orden social, y hallamos bien explicado en sus obras el gran principio de que no deben ser hechas en bien del legislador sino en bien de la sociedad, dándonos asimismo importantes nociones sobre la ciencia judicial.

Efectivamente, Señores, casi todos los filósofos tuvieron el

(1) *Entret. de Focion sobre la relac. de la moral con la política*, por el Ab. Mably, conv. 4.

(2) Plat. lib. 9 de *legib.*, tom. 2, pág. 874.

pensamiento de legislar. Platónicos y aristotélicos, estóicos y eclécticos creyeron que debían hablar del orden social, y en todas sus obras se hallan los principios que luego se han puesto en práctica con mas ó menos fruto. Empero Roma, en los tiempos en que dominaba al mundo y sus legiones conquistaban todos los imperios, y sus grandes héroes recorrían todas las naciones, era la que estaba llamada á formar una época de gloria tan duradera como el mundo, dándole leyes y estableciendo sábios códigos. Pero, Señores, si Roma bajo el imperio de Justiniano formó un cuerpo de doctrina legislativa: si dió la ley á todos los imperios consultando para ello á sus sábios juriscóntulos: si quiso probar en bien de la posteridad todas las formas de gobierno: en fin, si las leyes romanas merecen aun hoy estudiarse, Roma tambien atravesó por todas las crisis imaginables, y desde el apogeo de su gloria pasó por las horcas caudinas. Esa Roma, en donde la tiranía imperó bajo Tarquino el Soberbio, Caligula y Nerón: que se vió libre bajo el gobierno de los cónsules, que promulgaron las bases de los gobiernos populares: que varió su forma de gobierno bajo los decenviros y de los tribunos, cuyas opiniones tendian á la igualdad de fortunas: que reconoció las dos cámaras en tiempo de Tarquino el Anciano: en fin, esa Roma en que se hallan modeladas todas las formas de gobierno en varias épocas de su existencia, es en la que se halla el ejemplo de la libertad política de los estados modernos, como dice Montesquieu: no es esa libertad absurda contra la que clama D'Alembert (1) de hacer todo lo que se quiere, sino la de poder hacer todo cuanto permiten las leyes. Pero esas ilustres páginas de la historia de Roma se hallan al lado de otras muy lúgubres, manchadas con los críme-

(1) *Analyse de l'esprit des lois*, pág. 40.

nes del regicidio, de la ominosa esclavitud, de la ambicion mas desmedida, del desorden social y de la inmoralidad mas profunda: ella es tambien un libro siempre abierto en utilidad de los pueblos modernos, en el que vemos cuánto se debe esperar de los buenos reyes y de los malos monarcas, cuánto de la república y de los gobiernos mistos, y cuánto de la moral y de la corrupcion de los pueblos. Roma en sus glorias y en su decadencia debe estar siempre ante nuestra vista: su historia rasga el velo ilusorio de nuestras utopias. ¡Tambien tú, Roma, debes recordar tu historia.....! Pero volvamos á los hombres. Los grandes principios políticos de la antigüedad, y sobre todo de Aristóteles, como puede verse en sus obras (1), han producido los famosos jurisconsultos modernos que han ilustrado la Europa. En ellos se nutriera Bacon, y en ellos el célebre Grocio, osando el primero formar un sistema de derecho natural y de gentes que inmortalizó su nombre, y que fue la base de los grandes trabajos del Baron de Puffendorf y de las ilustraciones de Barbeirac. Poco mas, Señores, nos resta despues de estos grandes hombres, porque si bien pudiéramos citar algunos célebres políticos, son ya de época muy moderna. El Espíritu de las leyes (2), el Contrato social y el Tratado de igualdad (3), el Ensayo de las preocupaciones (4) lo mismo que las obras de Hobbes, de Lock y Condillac sobre politica, son ya deducciones de las que hemos citado, y el verdadero origen de esas ideas que tanto ruido hicieron en el siglo XVIII. No se crea, Señores, que esto es ofender á estos célebres filósofos, ni llevar mas lejos las pruebas de nuestra idea: oigamos á Con-

(1) *Politiq. d'Aristot. par Barthelemy St. Hilaire.*

(2) Montesquieu.

(3) Rousseau.

(4) Dumarsais.

dillac. «Licurgo, combinando la monarquía, la aristocracia y la
»democracia, formó un gobierno que tenía las ventajas de los
»tres, sin tener los inconvenientes de ninguno de ellos (1).»
Decia, pues, con razon Saint-Hilaire (2). «En las obras de
»Montesquieu y en la de Rousseau se puede aún reconocer sin
»trabajo la influencia de la filosofía griega.»

Terminemos esta pequeña reseña con las palabras de dos
autores célebres contemporáneos, juriconsulto el uno y filó-
sofo moralista el otro, con lo que probaremos que nuestra épo-
ca vive á espensas de los conocimientos. «El antiguo funda-
»mento principal de nuestras leyes se halla en las costumbres
»godas y en los códigos romanos (3).» Entre las opiniones que
han reinado en Europa despues de cien años: entre aquellas
aún que se ven como nuevas, no hay una que no haya apare-
cido muchas veces en el mundo (4). *Multa renascentur, quae
jam fuere.*

V.

Hay un ramo, Señores, en los estudios políticos que quie-
re aparecer como de moderna creacion, pero que remonta su
historia á los siglos anteriores: hablo de la economía política:
de esa ciencia que reconoce el valor de las riquezas, su ori-
gen, la produccion del trabajo, y la relacion social de los pue-
blos bajo el aspecto de sus intereses positivos. Esta ciencia,
que tiene como fundador al médico Quesnay, tuvo diferentes
fases en estos últimos tiempos bajo los diversos sistemas filo-

(1) *Cours d'études*, tom. 1, pág. 145.

(2) *Obr. cit.*, pág. 187.

(3) La Serna, *Element. de derecho civil y penal de España*, pág. 41.

(4) Lamennais, *Discussions critiq.*, pág. 206.

sóficos ; pero como mi objeto no es hacer su historia sino llamar la atención sobre la importancia de los tiempos anteriores, veré á Quesnay con respeto, pero veré á Aristóteles como al hombre grande de esta ciencia. Si, Señores, este filósofo decía ya en su tiempo: «La propiedad es una parte integrante de la familia, y su posesion hace parte de la ciencia doméstica, pues que sin las cosas de primera necesidad no podrían vivir y vivir felices: y á la manera que las artes, cada una en su esfera, tienen necesidad de instrumentos á propósito, así la ciencia doméstica debe tener igualmente los suyos..... La propiedad no es mas que un instrumento de existencia; la riqueza una multiplicidad de instrumentos..... Los instrumentos propiamente dichos son los de produccion: la propiedad al contrario, es simplemente de uso..... La propiedad tiene dos usos, el uno es especial y el otro no» (1). Habla Aristóteles con estension del uso individual de la propiedad y del cambio de los productos, que deben nacer de la abundancia de estos y de la escasez de otros. Nos dice que «con la moneda, nacida de los primeros cambios indispensables, nació tambien la venta, que es una forma de adquisicion esencialmente simple en su origen, pero perfeccionada bien pronto por la esperiencia, que reveló en la circulacion de los objetos los manantiales y los medios de utilidades considerables.» Al tratar de la moneda lo hace de una manera que admira sobre su valor facticio y su valor real, y da lugar á profundas meditaciones sobre su saber en esta materia, despues que Barthelemy nos ha hecho el gran servicio de reunir todas sus obras. Siento no poder citar otras páginas de su obra, pero permítidme aún hablar con él dos palabras. «Lo que aca-

(1) Barthelemy, obra citada, cap. 5.

»bo de decir aclara perfectamente la cuestion que habíamos
»antes propuesto, de saber si la adquisicion de los bienes es ó
»no el objeto de un gefe de familia ó de un gefe del Estado.
»Observad que es preciso suponer la preexistencia de estos
»bienes: la política no hace los hombres; ella los toma como
»la naturaleza los ha hecho, y usa de ellos: de la misma ma-
»nera toca á la naturaleza darnos los primeros alimentos que
»vienen de la tierra, de la mar ó de otra manera: en seguida
»al gefe de la familia corresponde disponer de estos dones se-
»gun sea mas conveniente: asi el fabricante no crea la lana,
»pero debe saber emplearla, distinguir sus cualidades y sus
»defectos, y conocer la que le puede servir y la que no.....»
Ocupa mucho al célebre filósofo el valor comercial y domés-
tico, y da en ello una prueba de conocer á fondo los principios
de esta ciencia.

Digno es, por consiguiente, de los hombres que á ello se
dedican comenzar su estudio conociendo los grandes pensa-
mientos que fueron el origen del estado actual de la ciencia.
Mably, á quien ya he citado, Quesnay, Montesquieu, Smith,
Malthus y todos los modernos deben ser justamente respeta-
dos, pero no son los creadores de la economía política: la
han dado impulso: la han generalizado y perfeccionado tam-
bien: no es mi objeto rebajar su gran mérito, pero debemos
admirarnos, Señores, al terminar este párrafo, de las palabras
de un filósofo y literato respetable, y en las que parece oímos
al mismo Aristóteles en alguno de sus capitulos como si fuera
su eco, su pensamiento. «La economía política, dice, es una
»estensa ciencia, universal, fraternal; reposa por una parte so-
»bre la ley física, que señala á cada clima productos diversos,
»y por la otra sobre la ley moral, que no hace mas que una sola
»familia de todo el género humano.»

VI.

Si de las ciencias políticas pasamos á las ciencias físicas, preciso es, Señores, correr un velo ante esta página de la historia antigua para que pueda realizarse la historia moderna: sin este velo la ciencia de nuestro siglo es nada comparada con la de los anteriores, y aun con la de tiempos fabulosos. Parecerá una paradoja, pero nada mas cierto: un solo hombre de aquellos, uno solo de sus descubrimientos, un solo libro de entonces vale, Señores..... no lo diré porque pareceria una heregia física. Sin detenernos en las épocas en que parece evidente que los egipcios, caldeos y asirios poseian hasta un punto desconocido la astronomía, la física y la metalurgia, como se demuestra por sus constelaciones, su mitología, su poder, casi mágico, porque es preciso reconocer que quien es capaz de estas cosas posee la ciencia que las enseña, ¿no se conservan los nombres y la division de la bóveda celeste, y los recuerdos históricos de fenómenos sorprendentes, por cuyo medio se atraian el respeto y los honores de la divinidad? Sin recordar á Thales, que conocia el movimiento de la tierra, del sol, de la luna y el firmamento segun hoy lo conocemos; que arregló el orden de las estaciones: que esplicó la pequeña orsa que ya arreglaba la navegacion de los fenicios; sin hablar de Pitágoras, gefe de los geómetras, ni de Píftas, de quien habla Estrabon, ni de Aristóteles, que probó la figura de la tierra; sin citar á Augusto, bajo cuyo poder se formó la descripcion general del mundo; sin recordar el descubrimiento de la brújula, de inmensos resultados, ni la de los telescopios: ni á Anaximandro, que parece fue el que inventó la esfera geográ-

fica; sin citar la doctrina de los pesos específicos fundada por Arquímedes y probada prácticamente en la corona robada del rey Hieron; sin hablar, digo, de este hombre célebre que decía: «Déseme un punto fuera de la tierra en que me pueda colocar con mis instrumentos, y la moveré á mi arbitrio:» sin dejar de admirarnos la certeza con que Sulpicio Gallo predijo á Paulo Emilio un eclipse de luna en momentos en que pudiera serle muy fatal ignorarlo á causa de las preocupaciones vulgares; en fin, Señores, sin citar á Plinio naturalista é historiador famoso, el privado de Vespasiano, y Tito que falleció víctima de su arrojo entre las llamas del Vesubio que examinaba científicamente, y de cuya obra se han hecho multiplicadas ediciones: ni mentar la física y mecánica de Aristóteles que tanto tiempo dominaron las escuelas, es preciso, Señores, correr ese velo, que oculte ciertos nombres porque son superiores á todo lo conocido, atendida la época en que vivieron y los obstáculos que tuvieron que vencer. Ante Euclides, que ya existió tres siglos antes de nuestra época: ante Arquímedes y Euler en las ciencias matemáticas: ante Copérnico, Galileo, Keplero y Newton en las ciencias físicas, los siglos anteriores desaparecen y los posteriores se humillan. No me juzgueis con severidad: oid á Laplace (1): «Muchos siglos de trabajo, dice, han hecho caer el velo que ocultaba el sistema del mundo. Conservemos con cuidado, aumentemos el depósito de estos grandes conocimientos, que son las delicias de los seres pensadores..... Ptolomeo hace catorce siglos ha hecho grandes servicios á la geografía, pero su reputacion ha hallado la misma suerte que la de Aristóteles y Descartes: se ha pasado de una admiracion ciega á un injusto menospre-

(1) *Exposit. du système du monde*, 4. edic., pág. 447.

«cio, porque las ciencias mismas, las revoluciones mas útiles
«no están exentas de pasiones y de injusticias.» En efecto, Se-
ñores, cuando Keplero dijo que *los cuadros de los tiempos pe-
riódicos de la revolucion de los planetas eran como los cubos
de sus distancias medias al sol*, ha sorprendido á la naturale-
za en una de sus leyes invariables, é hizo dar un paso inmenso
á la astronomía. No, Señores, no veo bajo este aspecto como
Lamarine. «En el estado actual á que hemos llegado, dice,
«veinte ó treinta años envejecen una ciencia. ¿Qué ha sido de
«los sistemas célebres que aun ayer reinaban en el mundo
«científico?» ¿Qué? ser la base del mundo actual; ser el apoyo
á que se ocurre las mas de las veces: ser el origen de nues-
tro estado presente, que si bien debió progresar en muchas
cosas, en otras se halla en el mismo estado. ¿Se conoce me-
jor el sol que en tiempo de Anaxágoras? ¿Se sabe lo que son
esos cometas prodigiosos que pasman al mundo? ¿Se ha llega-
do á descubrir lo que era el fluido eléctrico y la luz? Las
auroras boreales, que, como dice Pouillet (1), son el fenó-
meno mas magnífico y el mas imponente que puede ofrecer-
se á nuestra vista, ¿no son aún incomprensibles é insondables?
«Newton, dice el literato que he citado, no es ya el dios de
«la luz: Franklin perdió el cetro de la electricidad: Lavois-
«sier el de la química.» No, esto no es cierto: Newton será
siempre el dios de la luz, como Franklin el de electricidad.
¿No citan aun hoy con respeto estos nombres para apoyar sus
pensamientos los Orfilas, los Liebiges, los Dumas, los Des-
pretz, los Pouillets? ¿Fueran lo que son sin aquellos?

Verdad es, Señores, que si se ha progresado en el si-
glo XIX tanto como se dice, fue especialmente en las ciencias

(1) *Elements de Physiq.*, tom. 2, pág. 756.

físicas. Celosos é infatigables talentos recorriendo el globo, examinando las entrañas de la tierra, estudiando micrográficamente los cuerpos, han llevado las ciencias físicas á un punto sumamente elevado. Pero, Señores, comparemos todos sus adelantos en este siglo y preguntémosnos: alguno de los descubrimientos de la culta é ilustrada Europa del siglo XIX ¿produjo los inmensos resultados de los que datan mas allá de él? ¿Hay alguno que iguale en importancia á los descubrimientos de Colon, á los de Américo Vespucio, Galileo, Keplero y Newton? ¿Hubo alguno mas interesante que el conocimiento de la electricidad atmosférica, del magnetismo animal, ni de tanta utilidad social como la invencion de los lentes, de los telescopios, de la aguja náutica, de los espejos, de las bombas aspirantes, de los pesos específicos, &c.? ¿No se citan aún con admiracion las observaciones de geología de los antiguos? Sí, Señores, aun hoy admira una descripcion elocuente de Ovidio en sus *Metamorfosis*, en la que manifiesta las revoluciones que debió sufrir el globo segun las observaciones que habia hecho: estas, las de Aristóteles, Herodoto y Eratóstenes, fueron sin duda los primeros pasos para los descubrimientos posteriores de Linneo, de Blumembach, de Pallas, de Cuvier, de Humboldt y los de estos para los de los geólogos actuales.

No son menos notables los conocimientos de los antiguos en la mecánica: bastaria, Señores, citar esas prodigiosas máquinas dirigidas contra Troya, Cartago, Siracusa, Tiro y Atenas, como puede verse en los historiadores antiguos que nos han dejado noticia de aquellos tiempos, de aquellos héroes y de aquellas cosas: todo indicaba poder, grandeza y profundo saber. Las matemáticas, la geografía, la astronomía y la mecánica fueron las partes de la física que se cultivaron siempre con mas interés, sin duda por las aplicaciones útiles que tienen en la so-

ciudad. Por esto es, y sea dicho en obsequio de nuestra España y para los que creen aún que nuestras universidades fueron solo escuelas de ergotistas, que las primeras cátedras que se abrieron en la universidad de Salamanca, trasladada en tiempo del rey D. Alonso el Sábio desde Palencia en donde había sido fundada por D. Alonso VIII muy á principios del siglo XIII (1), fueron las de lógica, retórica, aritmética, geometría, astronomía y música; artes todas, dice un anticuario español (2), que no se fomentaron ciertamente para formar grandes escolásticos.

En fin, Señores, las ciencias físicas caminan sin duda á su perfeccion, pero esto no es un motivo para que dejemos de reconocer la necesidad del estudio de estas ciencias antes de nosotros. Muchísimo debe la electricidad á Franklin; mucho la historia del análisis á Fourcroy; mucho la descomposicion de los llamados elementos á Priestley; importantes experimentos la respiracion á Lavoissier y Davy; inmensos adelantos la toxicología á Orfila; en fin, Graham, Dumas, Liebig crearon la química orgánica: pero entre tributarles nuestra gratitud y desconocer la ciencia que ya existía promulgando que nada se sabía antes que mereciese estudiarse en los libros de aquellos tiempos, hay una distancia inmensa. Dados los primeros pasos fácil era, con estudio y aplicacion, llegar á la época actual.

Señores, entre las ciencias físicas debemos colocar la medicina. Esta ciencia consoladora de la humanidad, debe mucho, mucho, á los tiempos pasados. La historia razonada de la

(1) Marian. *Hist. de Esp.*, lib. 11, cap. 22.

(2) *Orac. apolog. por la España y su mérito literario*, por D. Juan Pablo Forner, pág. 61.

ciencia nos da una prueba de ello. Basta citar á Hipócrates, á Galeno, á Areteo, á Celio Aureliano, á Casal, á Morton, á Valles, á Mercado, á Sydenhan, á Boherave, á Haller, á Baglivio, á Morgangui para convencernos de cuán importante nos es el estudio de sus obras y de cuánto la somos deudores. Hipócrates, Señores, ese nombre mágico que los filósofos, que los socialistas, los legisladores y los médicos repiten, recopila una época entera: ese nombre solo bastaría para probar todo mi aserto. Hipócrates, de quien dice Degerando (1) fue el inventor de los verdaderos métodos de observacion, y en cuyas obras cree Lamartine (2) halló el autor de los estudios de la naturaleza sus armonias, Buffon su grande y nuevo pensamiento, Montesquieu la idea fundamental de un capítulo del Espíritu de las leyes, y Herder todo su sistema sobre la filosofía de la historia: Hipócrates es, digo, tan grandioso en todos sus escritos, que, como el mismo literato dice, cada línea es un hecho, y cada hecho una luz. La filosofía y la política se instruyen como la medicina en sus obras. Sin este grande hombre, que no fue solo para la ciencia sino tambien para la humanidad, no hubiera caminado la medicina con ese paso magestuoso que la condujo al estado en que se halla. Si, Señores, porque Galeno lleno de saber y de lectura, con una fogosa imaginacion, debe lo principal á Hipócrates: la doctrina de hace veinte y tres siglos es el punto de donde parte la verdadera medicina, y el punto á donde vuelve cuando se ha extraviado en medio de los sistemas: asi sucedió en tiempo de Galeno, á quien debemos, no obstante, grandes observaciones prácticas. En Areteo es en donde hallamos

(1) *Hist. des system. de Philos.* tomo 4, pág. 418.

(2) Obra citada, pág. 245.

la exactitud de las descripciones y las fieles pinturas dignas de un siglo de ilustracion: su pincel exacto nos trasmite esas hermosas imágenes que hoy debemos imitar. ¿Y habrá alguno que dude de la gran utilidad de leer las obras de Celso, Celio Aureliano, lo mismo que las de nuestro Mercado, de Gaspar Caldera, de Heredia, de Casal, llamado el Hipócrates español, la de Sydenham, titulado el Hipócrates inglés, que todo el mundo cita, y la de Baglivio, que supo volver la ciencia al camino de Hipócrates estraviada por los sistemas? ¿No se consulta aún hoy á Pablo Zaquías? En fin, Señores, ¿qué quiere decir ese afan del siglo actual por darnos hermosas ediciones de Hipócrates, de Galeno y de Celso, igualmente que de las obras de Platon, Aristóteles, Newton y otros hombres de la antigüedad? Prueba, Señores, lo que ya debe ser cansado repetir. En las obras antiguas hay una inmensa mina que explotar: recuérdese si no la cita que acabo de hacer sobre Hipócrates. En la actualidad en que se cree que es nuevo el estudio de la moral médica (palabra que yo proscribo) se cita no obstante el magnífico juramento que este médico célebre exigia á sus discípulos, que es un resumen de moralidad. Lejos de mí el desconocer lo que se debe á Zimmermann, á Barthez, á Franck, á Pinel, Broussais, Richerand, Bourdon y otros muy célebres médicos de nuestra época. Quisiera poder detenerme mas sobre este objeto, pero temo ya el ser molesto.

Una parte hay de la medicina que disputará sin duda la gloria á los siglos anteriores: esta es la cirugía. Esta parte de la ciencia, á semejanza de la química, parece á primera vista el escollo insuperable de mi discurso, porque la química y la cirugía del siglo XIX no son las de siglos anteriores. Cierito, Señores, pero no es mi objeto negarlo: el siglo de Dupuytren y de Lallemand no es el siglo de Albucasis ni el de Ambrosio

Pareo; pero, Señores, tampoco el siglo de Gimbernat no es el siglo de Velpeau. La cirugía adelanta, pero es porque sobre lo que unos sabían, se añade lo que adelantan y perfeccionan otros. La operación del trépano, que Hipócrates ya describió (1), la extracción de los pólipos, la fistula lagrimal, la catarata, la nariz artificial, el labio leporino, la traqueotomía, la exofagotomía, el empiema, la talla, con otras muchas operaciones que pueden verse en los análisis históricos de la cirugía, se practicaban en siglos muy remotos, si bien en la actualidad se simplificaron, se perfeccionaron; pero ¿por qué se simplificaron y se perfeccionaron? Porque se trabaja ya sobre los resultados de experiencias repetidas. Gloria no obstante, Señores, á los cirujanos de la época actual, que con sus esfuerzos y laboriosidad conducen la ciencia á su apogeo de perfección, inventando nuevos métodos para arrancar víctimas á la muerte: la autoplastia, la tenotomía, la extirpación total de la glándula parótida, la de la mandíbula inferior, la eterización, que anula el padecer, son justos motivos de humana gratitud. Pero gloria también á esos genios creadores, que antes que ellos se atrevieron á salvar mil víctimas á costa de sacrificios y de inmensos trabajos, porque ellos inventaron osados y valientes, sin recursos, á veces perseguidos, ó en la oscuridad de la noche, y que, sin protección, fundaron la cirugía, mientras que éstos, llenos de recursos y de halagos, sin exposición, no tienen tanta gloria á que aspirar.

(1) *Análisis históricos* por D. Anastasio Chinchilla.

VII.

Las bellas letras, Señores, la literatura del siglo XIX y la literatura de los siglos pasados, he aquí un campo lleno de amenidad, en el que un genio sobresaliente recogiera hermosas y fragantes flores: yo solo me asomaré á él, porque me es un campo vedado, y las flores que recogiera fueran marchitadas é inodoras. No obstante, al entrar en el templo de la literatura, yo acataré respetuoso y admirado esas producciones de los siglos pasados que roban el alma y penetran el corazón: yo admiraré esa elocuencia que convence y que seduce: que calma y que arrebatá. Ese lenguaje celeste que domina el corazón y el entendimiento, y que en su abuso es tan perjudicial como importante en su buena dirección, ¿en dónde. Señores, se halla con mas vehemencia y elevación espresado que en los siglos que han pasado ya? Con razón Mme. Staél (1) creía que no solo no sobrepasaba el siglo actual al siglo de la ilustración griega en esta parte, sino que no llegaba á él. En efecto, si recogemos la elocuencia griega y la elocuencia romana, poco mas tenemos que buscar, sin que por esto dejemos de hallar algunos modelos dignos en siglos mas modernos. El inmortal Homero, cuya historia remonta cerca de mil años antes de nuestra era, y del que dice Latharpe (2) que se parece á la divinidad, que no se la conoce

(1) *De la litterat.*, pág. 217.

(2) *Licée ou cours de litterat.*, tom. 1, pág. 418.

sino por sus obras, es aun hoy un modelo en su clase. Virgilio, adorador de Homero, quiso imitar á su maestro: pero su Eneida no llega á la Iliada, aun cuando tenga un mérito escogido: sus Geórgicas merecen mas honorífica mencion de los literatos. ¿No leisteis ese poema de Ossian, original en su clase, que parece llenar el alma de grandeza y trasportarla á una region desconocida al oir ese lenguaje magestuoso del héroe de sus cantos, de Fingal? ¿No reconocéis el mérito del *Paraíso perdido* de Milton, de la *Jerusalén libertada* del Tasso, de la *Araucana* de Ercilla? En clase de oratoria ¿no andan en las manos de todos las arengas y discursos de Ciceron, de Demóstenes, de Bossuet y de Fenelon? Tenemos tambien en nuestro idioma bellezas dignas de imitarse por la magestad de las ideas y la pureza y brillo del lenguaje en Solís, en Mariana, en Hurtado de Mendoza, en Cervantes, en Quevedo, en Fr. Luis de Leon, en Fr. Luis de Granada, en Lope de Vega y otros. En la clase de poesia lírica conocéis la hermosa traduccion de la oda de Horacio sobre la vida del campo por Argensola: su imitacion por Fr. Luis de Leon, y la de Tibulo por el mismo: conocéis tambien á nuestro Rioja, aun cuando no fuese mas que por las Ruinas de Itálica, á Argensola, Herrera, Rioja, Góngora y otros muchos. No son precisas pruebas para convencernos que las bellas letras han progresado en los siglos anteriores, y que en ellos hay que buscar los modelos de la perfeccion, sin escluir la poesia cómica ni la moral filosófica cristiana, porque son bien conocidas de todos los literatos las tragedias de Esquilo, Euripides y Séneca, como las comedias de Plauto y Terencio, y en España las de Calderon, Lope de Vega, Moreto y Moratin, lo mismo que los caracteres de Teofrasto y de la Bruyere, y los discursos de Fenelon, Massillon, Mariana, Cervantes, Feijóo, Isla y

Quevedo, cuyas bellezas por lo que respecta á nuestra nacion pueden verse en el Parnaso y en el Marchena (1).

En todas estas producciones del saber é ingenio humano, se reunen las bellezas á la utilidad: mucho se escribe hoy, pero poco tan bueno, á pesar de que se crea lo contrario. Dignos son de elogio los esfuerzos de tantos hombres célebres que, á imitacion de los antiguos, nos presentan esas sublimes producciones para convencernos de ciertas verdades, para dirigirnos y para aconsejarnos; pero mucho hay tambien que debiera desaparecer. En cierta clase de obras que meten gran ruido, es preciso despues de leerlas preguntarse: ¿Qué he aprendido? ¿Qué utilidad me produjo esta lectura? ¿He ganado ó perdido el tiempo? En muchas de ellas no es poco conseguir si se pasó alegremente el rato, y si sirvieron como de un descanso al ánimo fatigado: razon por la que se necesita una sabia leccion para leer con fruto, como ya nos decia Séneca (2).

He aquí, Señores, aunque muy mal bosquejado, un campo delicioso en donde se pueden coger dignos ramilletes que imitar, y magestuosas producciones que respetar.

VIII.

Voy á decir dos palabras sobre las bellas artes, porque se hallan tan unidas con las ciencias, que se hermanan y se auxiliian reciprocamente. Las artes, Señores, y entre ellas la pintura, la escultura y arquitectura, son la gloria indestructible

(1) *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, edicion de Burdeos.

(2) Epist. 45.

de los siglos de la antigüedad. Las obras de aquellos tiempos son aun hoy buscadas, admiradas, y constituyen los modelos de las artes modernas. Esas obras que desafian los siglos y desafian al mundo en su duracion; esas obras de admirable grandeza, que aun hoy se miran con respeto: esas pirámides eternas; esos monumentos grandiosos; esos templos respetables; esos trabajos finisimos que datan de la mas remota antigüedad; esas colosales empresas; en fin, Señores, esas pinturas que aun hoy se imitan dificilmente: esas estatuas que no tienen mas defecto que el de no tener vida, prueban la riqueza antigua de las bellas artes: estudiarlas allí es siempre el objeto de nuestros mas célebres artistas. Hoy, Señores, el gusto por las producciones antiguas está en su apogeo: es hoy una prueba de buen gusto y de grandeza el ser entendido en esta materia, y el ostentar la mejor coleccion de pinturas de la antigüedad: una época semejante hubo en la Grecia en tiempo de Pericles, produciendo á los pintores de su tiempo inmensas fortunas (1). Si, Señores, las ciencias como las artes tienen sus épocas de gloria y de importancia, Carlos V hace á Ticiano Conde palatino y caballero de la llave dorada: y Francisco I, al ver que la amistad y proteccion que dispensaba á Leonardo Vinci escitaba celos, dijo á sus cortesanos que en un dia podia hacer muchos señores, pero que solo Dios podia hacer un Vinci. Si esta parte de mi discurso necesitase pruebas, las hallaria muy á la mano. Aun sirven de direccion para los trabajos de mas importancia esos órdenes de arquitectura cuyos nombres datan de los antiguos tiempos: el orden *dórico*, *jónico*, *corintio* y *toscano* son aun imitados. Si recordamos los modelos de antigua arquitectura, hallamos el

(1) *Viaje de Anacarsis*, tom. 1, pág. 527.

templo de Diana en Efeso, en cuya perfeccion trabajó toda el Asia, y que era tenido por una de las siete maravillas del mundo segun Plinio; la construccion del famoso puerto de Pireo, que tanto contribuyó al engrandecimiento de Atenas; el templo de Apolo en Mileto; el de Júpiter Olímpico en Atenas; el laberinto de Dédalo en Creta; el templo de Júpiter Capitolino en Roma, bastarian para ostentar la perfeccion de la arquitectura. ¡Qué multitud de soberbios edificios no llaman aun hoy en Roma la atencion del mundo! El Panteon, las termas, la columna de Trajano, la de Antonino, con otras muchas obras de aquellos tiempos, recuerdan glorias pasadas. Y en nuestra España, ¿no se conservan aún en Córdoba, Granada, Sevilla y en nuestra misma catedral, pruebas evidentes de la utilidad que nos trae el estudio de la arquitectura antigua? Bastaria citar á nuestro Herrera, cuya habilidad ostenta aun hoy una de las maravillas de España, el Escorial.

La escultura no fue menos afortunada en aquellos tiempos. Ciceron y Plutarco nos hablan de una estatua de Minerva hecha por Fidias, que acaso fue uno de los prodigios del arte: el Júpiter Olímpico de oro y marfil, del que dice Plinio no ser posible mas perfeccion, hasta tal punto, Señores, que se le creia bajado del cielo; la estatua de Alejandro por Lisipo, y otras muchas que se veian en el mausoleo erigido por Artemisa eran obras maestras del arte; pero no puedo dispensarme de citar al divino Sócrates como el primer escultor del mundo, segun Diógenes Laercio, pues á él se atribuian las tres Gracias que se conservaban en el castillo de Atenas.

La pintura, Señores, á la que con tanta propiedad llama Simónides una poesía muda, como á la poesía una pintura que habla, nos presenta grandes modelos que imitar en la antigüedad. Apeles fue, segun parece, el pintor mas antiguo y mas

célebre que se ha conocido; y sin hablar de Aristίδes de Tebas, que Plinio considera como el pintor de animacion, y famoso por su Baco; sin hablar de Protógenes, que pintó la madre de Aristóteles, solo recordaré á los pintores filósofos como los llama un anticuario español, á Rafael, á Miguel Angel, á Rivera, á Murillo, á Velazquez, que en breve pincel fueron los émulos del poder divino.

RESUMEN.

La esperiencia de los siglos entonces próximos produjo la escuela jónica y la de Pitágoras: sin ellas no hubiera existido sin duda Platon. Sin Platon tampoco Aristóteles..... Sin estos ni Descartes, Leibnitz, Bacon..... Kant. Sin Zoroastro no hubiera acaso habido ni un Licurgo, ni un Solon: sin estos no fuera lo que es la parte politica de Aristóteles. Augusto produjo á Justiniano y éste á Alfonso. Sócrates es á Focion y Teofrasto lo que estos á Epitecto, Origenes..... Bossuet. Aristóteles es á Quesnay lo que éste es á..... Smit. Euclides es á Tolomeo como éste á Galileo, Keplero, Newton..... Laplace. Thales con su primer elemento fue á Aristóteles lo que éste á Sthal, á Goodwin, Priestley, Chaptal..... Foureroy. Hipócrates fue á Celso y Galeno lo que estos á Valles y Casal..... Haller, Zimmermann..... Pinel. Homero fue á Virgilio lo que estos á Ariosto, el Taso, Milton, Ercilla..... Racine. De-

móstenes fue á Ciceron lo que éste á Bossuet, Fenelon, Mariana, Solís. En fin, Señores, Fidias y Dinócrates, Lisipo y Praxiteles á Rafael y Miguel Angel, lo que estos á Ticiano y Vinci..... á Herrera, Murillo, Rivera, Velazquez. Nombres todos, Señores, separados por los siglos, pero unidos por la gloria.



Siglos que fuísteis ya; ingenios que la historia eterniza: manes inmortales, yo os acato, yo os rindo un homenaje de gratitud y de adoracion filosófica. ¡Nombres célebres de las glorias de Atenas y de Roma, recibid este holocausto debido á vuestro mérito! Filósofos de la antigüedad, que nos abristeis el templo de la Sabiduría, y que nos enseñásteis á razonar y á observar la naturaleza; moralistas que nos habeis hecho conocer nuestra verdadera felicidad fomentando el puro manantial de la virtud; legisladores que supisteis enfrenar los vicios de la sociedad dándoles leyes sábias y justas; economistas que contribuísteis á la prosperidad de las naciones haciendo de ellas un solo pueblo; físicos y naturalistas que sorprendísteis á la naturaleza en sus misterios, recorrísteis el firmamento y penetrásteis en las entrañas de la tierra, haciéndonos conocer el inmenso poder del Criador; médicos que consolásteis al hombre en su mayor horfandad, en el lecho del dolor; literatos que supisteis elevar el alma y dirigir el corazon haciendo conocer la excelencia de la virtud y la fealdad del vicio; que nos pintásteis al hombre cual es y cual puede ser; que nos dísteis á conocer la historia del género humano; artistas que immortalizásteis á los hombres y á las naciones, dejándonos eternos recuerdos de su existencia..... hombres todos de una

época mas ó menos remota, recibid mis sufragios tales como yo os los puedo ofrecer en este pequeño y poco trabajado discurso. Yo os saludo en esta época lejana de vosotros, y en vuestras tumbas yo os respeto.....

Sabios, que me escuchásteis indulgentes, yo os debo aún dos palabras. Las glorias de los antiguos no empobrecen, no rebajan las nuestras. Glorias hay para nosotros y gloria para todos: la edad presente os la concede, y la futura será aún mas pródiga; no lo dudeis. De aquí, de este recinto lleno de vigor y de vida saldrán coronas de gloria no lejana, porque el amor á las ciencias, los sacrificios por la enseñanza pública, ese afán y esa aplicacion infatigables, dan derecho á la gratitud de las edades futuras. El Liceo Compostelano, mas que nunca floreciente, á esto debe aspirar, ya que las ciencias se hallan dirigidas en su enseñanza por profesores de gran saber y reputacion; ya que á su frente se halla un Rector lleno de celo, y de ese amor de gloria que ennoblece al hombre, y le hace digno de la gratitud pública; ya que se ven esas aulas frecuentadas por mil alumnos, modelos de aplicacion: ya que tambien contamos con un Gobierno ilustrado, que nada perdona para proteger las ciencias, y con respetables y sabios consejeros que lo auxilian y lo ilustran. ¿Qué le resta, pues, á nuestra Escuela para prometerse un feliz porvenir? Dirigir, Señores, nuestros votos al cielo por la prosperidad de la patria, por la felicidad de la Reina. =HE DICHO.